

(Viene de página 5) porque ibas leyendo en el Metro un libro que a él le parecía sospechoso, sólo por el título (supongamos, ¡¡¡*La rebelión de las masas*!!!, de Ortega y Gasset), por la portada, o simplemente porque era un libro. Pero lo normal no ha sido eso, si es que existe eso de la normalidad. Lo normal es que los escritores y pintores y músicos estén con el poder. Es también muy normal que lo miren con desprecio al principio, como las novias de los pueblos miraban con desprecio al chico que más les gustaba, precisamente porque era el que más les gustaba y tenían que hacerse valer ante él. La cultura es, digámoslo así, una gran puta que se va siempre con el más rico. Es así. Uno escribe de los pobres, contra los ricos, pero a los ricos les fascina esa voz, querrían que alguien escribiera así, con esa voz, de ellos, de sus almas, y compran todas las voces. Lo que ocurre ahora como fenómeno más claro es que nunca tan pocos han tenido tanto poder –eso que llaman los grupos mediáticos– para dirigir y cambiar los gustos de tanta gente. Cientos de miles de personas leen lo que les llevan a leer esos grupos. Y quien no está con ellos, simplemente no existe. También es nuevo que el escritor, el artista en general tenga unas relaciones tan impúdicas con el poder representado por esos medios, actúe tan a las claras como perro guardián de su pesebre. Se ha perdido, y ahí sí que tienes razón, la retórica de la distancia entre artista y poder.

–¿Publican los mejores, los de siempre, los “elegidos”?

–No, digamos que se arma un revuelo grande cuando publican quienes están en esos grupos de los que hablábamos: portadas de suplementos literarios y de ocio, entrevistas por la radio, por la tele. Toda esa parafernalia dirigista. Pero no hay grandes cosas que publicar, las editoriales están deseando encontrar algo que no sea sota, caballo y rey para seguir llenando sus catálogos, así que yo creo que cualquiera que tenga una buena novela tiene ahora posibilidades de verla publicada. Otra cosa es que nos pongamos de acuerdo en lo que es o no una buena novela, o que tenga luego repercusión ese libro, porque no es lo que el poder solicita, y se le ningunea.

–¿Cómo se podría valorar el actual panorama literario, especificando que se publican bastantes cosas buenas y la mayoría “letras de pánico”, o “morralla de tablero de grandes almacenes”.

–Yo no soy optimista. No sé si se publican bastantes cosas buenas. Yo no me las encuentro. Cuando algún libro me parece que cuenta algo de lo que está pasando, de lo que le está pasando a esta sociedad, toco las campanas de alegría y lo recomiendo a todo el mundo. Me pasa con algunas cosas de Sánchez Ostiz. Pero eso no es lo normal, aquí no me da la impresión de que la literatura esté contando su tiempo, que eso es lo que creo que tiene que hacer. Fíjate que, en Estados Unidos, con los libros de Updike, de Mailer, parece que siguen interesados en contar lo que les pasa, mientras que aquí todo es a ver quién hace la cosa más rara, más ingeniosa, y los que quieren ir con mensaje engolan la voz y se ponen coturnos para escribir: no hacen novelas, hacen editoriales de periódico (del periódico del grupo editorial para el que trabajan) ilustrados. No hay pasión por saber a partir de la novela, la novela como instrumento de conocimiento, que la novela te lleve a saber, arrastre a quien escribe a sitios que no quería visitar, le cuente cosas de él mismo y de su tiempo

que no quería oír. No acabo de ver aquí que eso esté pasando con los libros que me leo. ¿Dónde están nuestros Balzac, nuestros Proust, nuestros Galdós contemporáneos? Y si me dices que es que la novela ya es otra cosa, te diré que entonces me interesa un rábano la novela. Que no me interesa esa otra cosa. Me gusta la narrativa como una forma de conocimiento, y punto. El resto es retórica. Además, no sé por qué tiene que interesarme más el alma de un tipo que escribe que la de un fontanero. Incluso me interesa menos. En resumen, no veo en el panorama literario español demasiados libros que me enseñen a ver el mundo desde un lugar que yo no lo veía, a descubrir matices que yo no encontraba, de lo cual deberíamos deducir que no veo un panorama demasiado interesante.

–¿El lector es un elemento “indeseable”?

–El primer lector de un libro es su propio autor. Recuerdo una frase que decía Faulkner: “*Escribí el ruido y la furia y aprendí a leer*”. Si tú, que eres escritor, no eres tu primer lector, no has aprendido a leer de nuevo, tras escribir tu libro y no sientes que ya no puedes leer igual después de haberlo escrito, es que la cadena de lectores falla desde la primera anilla. Si, por el contrario, tienes esa otra sensación de que ahora ya estás en otra cosa, puedes encontrar el lector ideal, ese que también empieza, tras leer tu libro, a mirar las cosas de otra manera. El buen lector no es aquel a quien le gusta cómo adjetivas, sino el que cambia con tu libro, como tú has cambiado. Tampoco es buen lector el que confunde la literatura con una organización caritativa y busca consuelo y todo eso. El consuelo viene de una manera de ver las cosas, como la belleza. Belleza es decir “*he visto el mundo desde otro lugar*”. Lo decía Proust: cada vez que surge un artista nuevo, el mundo vuelve a ser creado. La literatura como organización no gubernamental, pues claro que le gusta eso al poder: lo que no le gusta es que la literatura, en vez de consolar, cuente los hilos del desconsuelo. Está claro que el novelista tiene que ser una liebre, una pulga, escapar del lector complaciente, del aplauso fácil. Tiene que decir, has encontrado esto en mi libro, y eso te ha gustado, y ahora querías encontrártelo en todos los demás libros que escriba. Bueno, pues te toca volver a aprender a mirar en el siguiente, porque yo ya estoy en otro sitio, ¿me acompañas en el viaje o no? El lector es otro yo que tú tienes. Si tú escribes siempre lo mismo, las frases que sabes que han gustado, que han tenido éxito, el punto de vista que ha complacido, eres un novelista muerto y el lector que te sigue es una momia, que no quiere que lo toquen, que lo muevan. Por eso, a mí me gusta decir que, cuando los escritores dicen de un autor que ha encontrado su estilo, quiere decir que el autor se ha perdido. Ha muerto. Si antes de empezar el libro, ya sabes cómo lo vas a acabar, ¿para qué escribirlo? En el único lector que debe pensar el novelista es en sí mismo. Un lector exigente, que no se tolera trampas ni contarse lo que ya sabe. Seguro que, teniendo en cuenta a ese lector, y respetándolo, acabará encontrando otros lectores fuera, que se sentirán respetados y no burlados. Lo he observado. Cuando estás escribiendo y te sale una frase cojonuda y dices, bueno, la verdad es que rompe un poco el tono, pero es que es tan buena, y vas y la dejas, luego, pasado un mes, dos, tres meses, descubres que esa frase que tanto te gustaba es una porquería, era una trampa, y se ha convertido en una grieta en la pared del libro.